

Santa María Madre de Dios

La Homilía S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
Lc 2, 16-21

Santa María Madre de Dios. Jornada de la Paz. Año Nuevo

La fiesta de este día suele quedar en penumbra, oscurecida por los festejos y cansancios de la Nochevieja. Para los creyentes, hoy, además de celebrar el primer día del año, celebramos la solemnidad de Santa María Madre de Dios y la Jornada mundial de la Paz

Comenzamos un año nuevo invocando sobre él la bendición de Dios. Seguimos peregrinando en el tiempo. Hoy es un momento propicio para poner en las manos de Dios nuestra vida para vivir cada instante del año nuevo como un tiempo de gracia habitado por su presencia.

La paz. Pedimos a Dios el don de la paz para el mundo entero. En la primera lectura, del libro de los Números, hemos escuchado la petición: *"El Señor te conceda la paz"* (Nm 6, 26). El Señor conceda la paz a cada uno de nosotros, a nuestras familias y al mundo entero. La paz verdadera, la que anunciaron los ángeles en la noche de Navidad, no es conquista del hombre, es ante todo don divino, que es preciso implorar constantemente y, al mismo tiempo, compromiso que es necesario realizar con paciencia.

Recordamos también a la Virgen María, a la que hoy invocamos como **Madre de Dios**. Al misterio de la maternidad divina de María hace referencia el apóstol san Pablo en la carta a los Gálatas. *"Al llegar la plenitud de los tiempos —escribe— envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley"* (Ga 4, 4). En pocas palabras se encuentran sintetizados el misterio de la encarnación del Verbo eterno y la maternidad divina de María: el gran privilegio de la Virgen consiste precisamente en ser Madre del Hijo, que es Dios.

Para comprender el título de Madre de Dios, debemos desplazarnos de María a Jesús. Sólo comprendiendo quién es el Hijo de María, comprenderemos quién es su Madre. La historia de la Iglesia nos muestra este camino. En el 431 el Concilio de Efeso tuvo la principal preocupación de resolver el problema cristológico reafirmando la unicidad de la persona de Cristo. Como consecuencia se derivó también de allí la confirmación del título de María de "Madre de Dios".



**María conservaba todas estas cosas,
meditándolas en su corazón**

Veinte años después, en el 451, el Concilio de Calcedonia definía el título de “Madre de Dios” como dogma; pero también aquí la finalidad principal era la de difundir la doctrina exacta sobre Jesús verdadero Dios, encarnado en el vientre de María Virgen. Así se quiso defender y reconocer la Divinidad de Jesús, Hijo de María. El evangelio de este domingo sigue mostrando, con nuevos matices, la riqueza de la Navidad. El texto del Evangelio de hoy nos presenta personas de carne y hueso, que en la sencillez de lo cotidiano nos acercan al gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

El niño

“El niño acostado en el pesebre” Él es el centro de atracción de todas las miradas y acciones. Sin embargo, en su extrema pobreza y desvalimiento, Dios nos muestra, su forma sorprendente de actuar, muy distinta de lo criterios humanos

Ocho días después de nacer, según la tradición judía, el niño se somete a la ley de la circuncisión y le imponen su nombre: Jesús (Dios salva). Su vida será la manifestación constante de la misión recibida del Padre.

María y José

Junto al niño están María y José, contemplativos y silenciosos. Sin palabras. No se trata sólo del milagro de la vida que supone el nacimiento de un hijo para unos padres; ese niño, su hijo, es el salvador, el Mesías anunciado por los profetas y esperado, durante siglos, por el pueblo de Dios. La actitud contemplativa de María y José se convierte para nosotros en ejemplo ante el misterio: contemplación orante del misterio que nos sobrepasa

Los pastores

Su presencia en el relato evangélico comunica una verdad fundamental de la fe cristiana: la preferencia de Dios va dirigida a los pobres y sencillos, a unos pastores, personas que no se distinguían por su buena fama y que se situaban entre los últimos de la escala social. Sin embargo, ellos son los primeros destinatarios de la Buena Nueva, los primeros evangelizados y evangelizadores.

Frente a la actitud contemplativa de María y José, los pastores destacan por su acción: van corriendo, cuentan todo lo que les habían dicho de aquel niño, vuelven a su tarea dando gloria y alabando a Dios.

Es necesario contemplar en silencio orante el misterio como María y José, y es preciso tener un corazón pobre para saber acoger y fiarse de lo que se ha oído y para compartir con otros la alegría de una buena noticia, como los pastores.